



LORENZO GOÑI

Ahora soy el 322



"Desde el principio del mundo lucha Dios contra Satán, y el campo de batalla es el alma humana".

EL mundo marcha mal. No acaba de encontrar el camino. Y es mejor, porque entonces dejaría de ser mundo. Sería otra cosa distinta. ¡Pensadlo! Todos los días, todas las noches, a cualquier hora y en cualquier rincón olvidado, saltan como sapos los siete pecados capitales. En Europa, en África, en Asia,

en los cinco continentes. Donde exista el hombre está el pecado. Este es el secreto, el tremendo secreto que nadie quiere reconocer del todo. La sangre humana está poblada de bacilos infernales. Por eso los hombres se aborrecen, y se odian, se roban y se persiguen, con saña, unos a otros. Por eso, por eso estoy yo aquí, entre estas paredes blancas. Por eso veo ahora este número 322 a la cabecera de la cama; este número odioso que me persigue cosido a la camisa, pegado al cuello de la chaqueta gris, grabado sobre el mármol de la mesa del comedor y sobre el mugriento respaldo del asiento. Hasta el día que irrumpieron en casa los tres hombres con

las batas blancas y me entraron casi a la fuerza en el coche, yo no tenía relación alguna con este número extraño y repugnante. Para mí el 322 era igual que el 324. No podía pensar que este número sirviera nunca para nombrar al viejo que está dos camas más abajo y grita todas las noches sin descanso: "¡Fuego, fuego!". Tampoco me importaba nada que existieran el 320 y el 1 y el 53. Claro que ahora esos números respiran, hablan, se mueven, llevan calcetines de lana como yo y hacen mucho ruido con las cucharas sobre el mármol de la mesa del comedor.

Parece absurdo que un número cosido a la espalda pueda trocar muy bien la vida. He pensado mucho sobre esto. Aquí hay tiempo de sobra para pensar en todo. Todos estos amigos, antes de enrolarles a la fuerza en las filas de las unidades, de las decenas y de las centenas, tendrían nombres y apellidos propios. A mí mismo me llamaban Daniel, un nombre que me sigue gustando aún mucho. Lleva uno años y años volviendo la cabeza al escucharlo, lo oye repetir a los padres, a la mujer, a los amigos, y de pronto, sin ninguna razón, se siente un marcado como una res, y ha de quedarse en el banco o en la cama entre el 321 y el 323, sin protestar ni rebelarse. Y aun esto sería llevadero si ese número que se incrusta a la fuerza en la vida no la cambiara fundamentalmente. Por ejemplo, llamarse Daniel supone ir mañana y tarde a la oficina, atravesar el paseo dos veces al día; el paseo lleno de niños, de acacias y eucaliptus, comerse domingos y fiestas un buen plato de natillas con su canela encima y los bizcochos dentro. Y después, a la noche, salir del brazo de Elena al café del bulevar, o al cine, o a visitar a don Ernesto, el cajero de la cooperativa. Ya sabemos que esto no es nada y que tal vez no merezca la pena nombrarlo; pero ahora, aquí, lo echa uno de menos sin querer. Y cuando veo que tanto a mí como a los otros nos ha hun-

(C O N T I N U A E N L A P A G I N A 5 6)

Ahora soy el 322

(VIENE DE LA PAGINA 26)



dido la maldad de los hombres, tengo derecho a pensar que el mundo marcha mal, que el mundo se pierde sin remedio.

Porque a estos compañeros de ahora, desde el 1 al 325, les han robado, como a mí, su vida; les han asesinado por la espalda, a traición; les han robado su oficina, su casa, sus amigos. Todo. ¿Y por qué? Nadie lo aclara nunca. Todos responden las mismas palabras: "Está bien", "Está muy bien", "Todo tendrá fácil arreglo". Aquí no puede uno discutir con los enfermeros, ni con nadie. Todos dan siempre la razón y sonríen. Es la peor de las maldades. Creedme. La maldad refinada, astuta, fría, repensada. A veces creo que de seguir en esta situación acabaremos todos locos, si no lo estamos ya, a fuerza de pensar y pensar en tantas cosas.

Sólo una vez se han interesado por lo mío. Fué a los dos días de llegar aquí. El médico aquel de los queredos de oro me hizo pasar a su despacho, me dió un cigarro y me dijo:

—Cuéntame lo que te pasó con la niña. Yo soy un buen amigo, hombre. ¿Es que no quieres ser amigo mío?

Me tendió la mano y yo entonces se lo conté todo. Me daba vergüenza, al principio, revelar un asunto tan íntimo. A Martita le disgusta que hable con otros de lo nuestro, pero al fin lo hice. A él debió interesarle mucho, porque no hacía más que interrumpir, aclarando y puntualizando los detalles.

—Perfecto—me dijo cuando acabé de hablar—; está claro, clarísimo.

—¿Está claro qué, doctor?

El entonces me dió unos golpecitos en la espalda, sonrió como si estuviera en el secreto de todo y respondió afectuosamente:

—Me hago cargo, Daniel. Me hago cargo.

Después me sacaron del despacho y me llevaron al patio con los otros.

Creo que no hace falta decir más. Aquel doctor es el único ser bueno de la casa. Me llamó por mi nombre, se interesó por mí y comprendió la tremenda injusticia que me hacían. Tal vez por eso no me han dejado verlo más. ¡Es una pena, porque seguro que hubiéramos acabado siendo muy amigos!

* * *

Martita me ha aclarado el secreto. Como todas las noches, al dar las tres campanadas en la torre negra de San Ginés, ha entrado de puntillas en la sala y se ha sentado a la cabecera de la cama. Desde que estoy aquí, parece más contenta. Si yo tuviera conciencia del tiempo, diría que ha crecido un poco. Pero esto no puedo decirlo, porque no sé siquiera si han transcurrido años o meses. Lo único que se salva en mi memoria es que tenía cinco años cuando estaba estiradita en la caja, vestida de rosa, con la boca apretada, muy fina. ¡No, no parecía dormida, como afirmaban los vecinos y todos los que vinieron a verla! Sé muy bien lo que digo. Martita, al dormir, abría un poco las aletas de la nariz, y entonces las venillas azules de las sienas se hinchaban levemente al compás del reloj: "Tic-tac. Tic-tac." Eso es. Y nadie sabía mejor que yo si parecía o no, dormida.

Al sentarse me ha mirado con sus ojos grandes, ojos llenos de un pavor extraño, muy antiguo, y me ha dicho:

—No tienes que preguntar más. He sido yo la que te he traído aquí. En casa nunca podíamos estar solos. El niño nos estorbaba siempre. ¿Aún piensas en él? Dime, ¿es que aún te acuerdas del pequeño?

Me pregunta esto, fijando en mí su mirada repleta de angustia. Temblando toda por el miedo.

—¿Aún te acuerdas del niño?—insiste.

Yo le respondo que no, que no me importa nada el niño. Y es verdad. Pero aunque no lo fuera tendría que decir lo mismo, porque sé que la mataría otra vez.

—Bien—contesta con la sonrisa en los labios—, hablemos ahora de lo nuestro.

Estoy seguro que al oírlo habréis pensado en la crueldad de Martita. Os equivocáis ahora también, amigos. Como los que decían que dormía cuando estaba muerta. Martita es un ángel. Lo digo yo, que la he tenido mil veces en brazos temiendo que se me partiera como el vidrio. Lo digo yo, que he velado a la cabecera de su cama muchas veces y la he visto crecer, pálida y blanca, primavera tras primavera. ¿Qué no he hecho yo por esta hija, Señor? Todos tenéis fe ciega en los doctores, ¿verdad? Yo también la he tenido. La tuve hasta escuchar que Martita estaba desahuciada. En ese instante hay que sacar el valor de donde sea para enfrentarse con ellos y jugarse a cara y cruz una vida que tanto nos importa. Bien. Lo hice y no me arrepiento ahora de ello. A pesar de los gritos de Elena, a pesar de los consejos de todos, envolví a Martita en la manta de lana, cargué con el tesoro de sus cuatro años y comencé a andar y a andar, de noche, de día, hasta caer reventado en el último pico de la sierra. El aire puro, a toneladas, a cantidades fabulosas, estaba allí, aguardando los pulmones cansados de Martita. ¡Sesenta días y sesenta noches! ¿Es que alguno ha hecho otro tanto por su hija? Llegaron más tarde unos pastores y construyeron un refugio para que no nos empapara el relente. Después nos quedamos solos otra vez. Solos entre los pinos, solos con el sol, las luciérnagas, los grillos, la luna y las estrellas. ¡Y la tos de Martita! Y ese sudor extraño, inagotable, que pegaba sus cabellos lacios a su frente encendida por la fiebre. Hice esto y aún hubiera hecho más todavía por no perder para siempre aquella mirada suya, tan dulce y asustada. Os lo digo: ¡Nadie conoce a Martita como yo! ¡Ninguno dirá nada malo de ella!

Luego todos me dieron la razón. Como si a mí me importaran las razones, ni las risas histéricas de Elena, ni el comentario escéptico de los doctores. "Raro, raro", decían. Bien. Otros milagros ha hecho Dios y están escritos en los libros y nadie quiere creerlos, a pesar de todo.

Al año Elena dió a luz mi segundo hijo, y aquí comenzó la desgracia. Era fuerte y hermoso y braceaba mucho. Pesó muy bien los siete kilos. Eso dijo su madre, aunque no hay que creerla del todo, pues siempre exageran un poco en estos casos. El niño atrajo como un imán todos los halagos y atenciones. Ahora comprendo que su vitalidad era como un insulto en nuestra casa. Un insulto, sobre todo, para ella, para Martita, tan frágil y tan delicada. Recuerdo que el día del bautizo se esfumó de la sala y no apareció en toda la tarde. Cuando reparé en ello salí en su busca y no descansé hasta encontrarla. Estaba en el cuarto trastero con la luz apagada. Sus sollozos llenaban la sombra haciéndola más espesa e inquietante.

—¡Marta, Martita!—le dije, besándola asustado—. ¿Por qué has hecho esto?

—Toda la tarde os habéis olvidado de mí. Nadie me quiere ahora. Por eso estoy llorando.

Volvió a sollozar. Yo la apreté contra mi pecho. Creo que lloramos un poco los dos juntos.

—Me da mucha pena, papá—repitió—; ya sé que lo habéis hecho sin querer, pero no puedo acostumbrarme.

Desde ese día Martita ya no volvió a estar bien.

¡Se apagaba, se apagaba como una llamita! Lo veo ahora bien claro. Día a día, semana a semana. Lo veíamos todos sin concederle la menor importancia. Y ella, decidida a morir, tragándose las lágrimas a solas, aguantando las estúpidas gracias del pequeño, los comentarios de los amigos y vecinos, las odiosas comparaciones de la madre. Cuando el pequeño cumplió los seis meses, Martita entraba en la agonía. Entonces quisimos enmendarlo todo, cuando ya no cabía más que aceptar lo inevitable.

Murió abrazada a mí. En silencio. Cayéndole hilo a hilo las lágrimas.

—¡Habla, habla!—le gritaba al oído—. ¡Di por qué lloras, hija mía!

Hubiera sido mejor que no hablara nunca, porque cada palabra de ella la llevo aquí, rebotándome como una bola de plomo, del corazón a la garganta.

—¡El niño!—dijo, con un débil suspiro—. Ya veo que no me quiere nadie aquí.

Mis besos, mis palabras, llegaron demasiado tarde entonces. Se las he repetido cien veces por la noche, cuando ella vuelve con su vestido rosa, a conversar conmigo. Ahora está segura de mí. Pregunta algunas veces, pero por puro afán de preguntar. Ella lo sabe, aunque no quiere que vuelva a la oficina ni que viva en casa con el pequeño. Le digo que Elena no tiene la culpa y que algún día tendré que volver forzosamente para hacer la debida justicia con el niño. Cuando el mundo torne al verdadero camino y cada cual cargue con su crimen.

Por eso, porque ella sabe de lo que soy capaz, creo que habrá enredado lo suyo hasta traerme a esta casa que aborrezco. No quiere comprender que me asfixio entre estas paredes blancas, sin ver el sol, ni el paseo, ni las manos de Elena, que me gustaban tanto. Pero algún día volveré. Seguro. Así me lo prometió solemnemente mi amigo: el doctor de los queredos de oro.

V I C E N T E E S C R I V A